

## SERÉIS COMO DIOSES: LA AGENDA IDEOLÓGICA DE LA IZQUIERDA POST-COMUNISTA

(Conferencia pronunciada por el Vicepresidente del Parlamento Europeo, Alejo Vidal-Quadras, en Teruel el 16 de abril de 2010)

Muy buenas noches

- El título que he puesto a la intervención que he preparado para este grato encuentro indica que no voy a hablar de sucesos surgidos de la actualidad reciente ni tampoco me propongo recrearme en la descripción del desastre en el que estamos inmersos. El diagnóstico de la crisis múltiple y profunda que atraviesa España lo hice en Valencia en el Club de Encuentro Manuel Broseta a principios de febrero y no conviene reiterar los lamentos y las denuncias. Estoy seguro que todos, o por lo menos la mayoría de los que estamos en esta sala, podemos describir fielmente lo que está pasando e identificar a los responsables, los presentes y los remotos, los conscientes y los inconscientes, los ingenuos y los taimados. Me ha parecido oportuno con motivo de esta visita a Teruel ofrecerles el ejercicio de rastrear el origen intelectual de tanto disparate y situarlo en el conjunto de ideas dominantes en nuestra época. Hace seis años que el PSOE volvió al poder y disponemos de suficiente información para hacer un balance de su gestión en su segunda etapa de gobierno desde la Transición. Se ha dicho que ZP es puro oportunismo, que su único objetivo es conservar el poder y que carece de principios o de fundamentos conceptuales más allá de cuatro lugares comunes progresistas. Se le ha calificado de “indigente intelectual” y desde luego no se le conoce obra escrita de mérito. Su discurso suele ser argumentalmente deslavazado, sintácticamente defectuoso y retóricamente débil. Tampoco la expresión de su rostro, permanentemente adornado por una sonrisa vacua, su lenguaje corporal melifluido y su premiosa cadencia expositiva, plagada de énfasis erráticos y pausas desubicadas, le ayudan a aparecer como una persona especialmente despierta. Ha sido reiteradamente acusado de carecer de una doctrina sólida y bien trabada, al estilo de lo que fue la Tercera Vía de Tony Blair o el cuerpo de pensamiento propio de la socialdemocracia alemana de Willy Brandt y Helmut Schmitt. La llamada Nueva Vía con la que se alzó a la Secretaria General del PSOE en su XXXV Congreso sonó en su momento como una ristra de eslóganes huecos y tópicos blandamente izquierdistas sin mayor contenido u originalidad. Se ha dicho también que ZP es más una marca en el sentido comercial que un proyecto en el sentido político. En este descorazonador contexto, cabe preguntarse, pese a todo, ¿Hay una base filosófica subyacente al zapaterismo? ¿Existe una agenda ideológica que inspira las políticas de los sucesivos Gobiernos de Zapatero? ¿Tiene ZP en mente un modelo de sociedad y una visión para España? Son interrogantes pertinentes a los que conviene hallar una respuesta. Al fin y al cabo, estamos hablando de alguien que maneja el Boletín Oficial y los Presupuestos Generales del Estado y de cuyos aciertos y errores depende el bienestar de muchos

millones de españoles. Jesús Trillo-Figueroa, Gustavo Bueno, Pío Moa, Álvaro Delgado-Gal y Enrique de Diego, entre otros autores, han investigado este asunto y han publicado libros muy esclarecedores al respecto. Yo les daré esta noche mi modesta aproximación personal a la cuestión.

- Por tanto, más que de medidas concretas, me propongo tratar con ustedes en esta ocasión de teorías, de sistemas de pensamiento, de concepciones antropológicas y de esquemas éticos. No en vano las ideas cuentan y mucho. Eugenio Trías escribió en *La Razón Fronteriza* que “las ideas y los pensamientos mueven el mundo, pero lo hacen de manera discreta, silenciosa, y a un ritmo temporal extremadamente lento”. A veces, esta ocultación es deliberada y el sigilo es parte de la estrategia. Por eso es necesario desvelar los elementos axiales de la ideología zapateril, para entender sus acciones específicas, sortear sus trampas y evaluar los grandes peligros que implica. Tal como nos recuerda el gran *maître à penser* catalán, las ideas cambian nuestras vidas y el hecho protector de que su implantación requiera en ocasiones una o varias generaciones va acompañado de la constatación dolorosa de que, cuando son equivocadas, los períodos de tiempo necesarios para corregir sus efectos nocivos resultan también muy dilatados.
- Hace la friolera de diecinueve años, el 26 de septiembre de 1991, intervine como presidente del Grupo Parlamentario Popular en el debate de Política General que se celebró en esa fecha en el Parlamento de Cataluña y en el inicio de mi discurso pronuncié una afirmación categórica: “El socialismo ha muerto” fueron mis palabras. Y añadí que no sólo el llamado “socialismo real” imperante durante la mayor parte del siglo XX en la Unión Soviética y sus satélites había pasado a mejor vida, sino que la socialdemocracia europea occidental también llevaba plomo en el ala, en la medida que era una rama del árbol que el viento de la Historia acababa de arrancar de cuajo. Recuerdo que el entonces jefe de filas de los socialistas catalanes, Raimon Obiols, reaccionó airadamente demostrando por cierto muy poco aguante. Pero no éramos sólo los representantes del centro-derecha los que señalábamos el final del socialismo a principios de los noventa, sino que destacados pensadores de la izquierda como Alain Touraine y Anthony Giddens habían llegado a la misma conclusión en una encomiable muestra de lucidez. En efecto, varios factores relevantes contribuyeron a esta funeraria percepción en el último cuarto del siglo pasado: la crisis del Estado-Providencia, ahogado por el tremendo déficit que generaban sectores públicos desmesurados, el fallo estrepitoso de las profecías marxistas sobre el colapso del capitalismo debido a sus supuestamente insalvables contradicciones internas y los vertiginosos cambios sociales, económicos y tecnológicos de un mundo aceleradamente globalizado que habían enviado los planteamientos clásicos de la izquierda, lucha de clases, colectivización de los medios de producción, revolución del proletariado, planificación centralizada de la economía y demás dogmas polvorientos,

al desván de las construcciones ideológicas obsoletas. El Nuevo Laborismo de Tony Blair fue un intento loable y bastante conseguido de adaptar el socialismo democrático a los tremendos cambios que habían sepultado al comunismo. Sin embargo, dos décadas más tarde de la prematura proclamación del fin de la Historia y de las ideologías, el socialismo sigue políticamente rampante y capaz de ganar elecciones en los países industrializados en cuanto se le presenta la oportunidad. Sin ir más lejos, acaba de regresar al poder en Grecia, ha revalidado en España en 2008 su inesperada victoria de 2004 y gobierna, en solitario o en coalición, en diez de los veintisiete países de la Unión Europea. Entonces, ¿Qué tipo de socialismo es el que ha sobrevivido? ¿Cuál es su genealogía y qué es lo que conserva del fallecido con la caída del Muro de Berlín en 1989?

- El espectáculo grotesco de Rodiezno en el que Zapatero recurre a un lenguaje demagógicamente reivindicativo, anuncia ayudas a la minería del carbón a la vez que proclama la lucha contra el cambio climático como la gran empresa de nuestro tiempo y Alfonso Guerra, Leire Pajín y Bibiana Aído se ponen un pañuelo rojo al cuello, cantan la Internacional y levantan el puño por los pobres de la Tierra, ¿Qué significado tiene? ¿De quién se está burlando una treintañera vestida con ropa de marca que superpone sueldos públicos hasta alcanzar unos ingresos brutos de anuales de más de doscientos mil euros, a los que hay que añadir el coche oficial, las secretarías, los asesores y asesoras y los gastos de representación, al disfrazarse de heroína bolchevique?
- Semejante ceremonia de la confusión requiere una clarificación de los pilares conceptuales y morales sobre los que se asienta. La turba abigarrada de orgullosos gays, alborozadas lesbianas, trituradores de fetos viables, levantadores de barricadas antiglobalizadoras, actores filocastristas, multiculturalistas despistados, escritores airados, tertulianos intemperantes, pacifistas floridos, dialogadores con terroristas y okupas mugrientos que trotan tras un Zapatero convertido en el flautista de Hamelin de las huestes progresistas, ¿A qué esquema mental responden? ¿Poseen una Weltanschauung? ¿Qué criterios aplican para distinguir lo que está bien y lo que está mal? ¿Qué valores defienden? ¿Qué concepción del ser humano y de su vida en sociedad sustenta un Presidente del Gobierno que se declara “rojo, feminista y utópico”? El desentrañamiento de estos enigmas es clave para entender lo que está sucediendo en España desde el 14 de marzo de 2004, para adivinar adónde nos lleva este delirio de demoliciones y para decidir si nos podemos permitir el asistir pasivamente a tal aquelarre o si por el contrario debemos movilizarnos antes de que únicamente queden escombros humeantes de lo que fue una gran Nación y una sociedad vertebrada, cuajada de esperanzas y capaz de esforzarse por mantener su prosperidad y por elevar su nivel ético.

- Hay una circunstancia curiosa que es interesante señalar a la hora de enjuiciar la coyuntura por la que transitamos. Los respectivos líderes de los dos períodos de gobierno socialista de las últimas tres décadas, Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero, han seguido en su senda hacia el poder trayectorias estratégicas inversas en el terreno de las ideas. Felipe partió de posiciones marxistas radicales, el célebre programa máximo del PSOE, y evolucionó hacia una socialdemocracia pragmática, realista, europeísta y moderada. Desde un planteamiento de arranque rupturista fue derivando a enfoques claramente reformistas y supo adaptarse a las necesidades del guión del cambio de un régimen autoritario a otro democrático de tal manera que la transformación implicase los menos traumas posibles y pudiese realizarse sin violencia. La Constitución de 1978 representó el primer intento serio de nuestra historia contemporánea de articular un sistema institucional y un orden jurídico en el que todos los sectores políticos y sociales de la Nación se sintiesen acogidos. Es justo reconocer que la contribución de Felipe González y del PSOE de finales de los setenta a este notable logro fue decisiva. ZP, en cambio, ha recorrido la senda que va de la Secretaría General de su partido a La Moncloa en sentido contrario al que eligió en su día su carismático predecesor. Emergió del anonimato cubierto con piel de cordero y una vez ganadas las elecciones ha mostrado su verdadero rostro, extremista, iconoclasta, revanchista y sectario. Felipe puso en juego su futuro político con su dimisión de la Secretaría General tras el XXVIII Congreso de su partido, puesto que recuperó en el Congreso extraordinario subsiguiente. El motivo de aquel conflicto interno fue inequívocamente ideológico. El ala radical del partido se aferraba a la ortodoxia marxista e impulsaba un proyecto revolucionario con todos los componentes clásicos de aquélla, nacionalizaciones, autogestión obrera, lucha de clases, redistribución igualitaria de la riqueza y avance sin concesiones hacia una sociedad auténticamente socialista. El sector de Felipe proponía, en abierto enfrentamiento con los radicales, una línea semejante a la desarrollada por el SPD alemán, su mentor y patrocinador, según la cual la misión de los socialistas no es acabar con el capitalismo, sino pulir sus aristas y corregir sus disfunciones mediante políticas fiscales redistributivas pero no confiscatorias y políticas sociales que garanticen a todos los ciudadanos los servicios básicos de educación, sanidad, cobertura de desempleo y jubilación a cargo del Estado. En el campo de la política exterior el desplazamiento desde un pacifismo internacionalista a un realista atlantismo ejemplificó también de forma muy llamativa la profundidad y el alcance de la mutación experimentada por el socialismo español. A Felipe se le reprochó esta capacidad adaptativa y se le acusó de haber traicionado a la izquierda abandonando su doctrina con fines estrictamente utilitarios. Sin embargo, hay que recordar que se presentó a las elecciones de 1982 después de su reposicionamiento ideológico, manteniéndose siempre con posterioridad, hasta su derrota en 1996, en idénticas coordenadas intelectuales y conceptuales, a saber, la combinación de un plano teórico en el que se mantenían los principios y objetivos del socialismo democrático convencional y de una praxis flexible

en la que dichos principios y objetivos se modulaban o se posponían en función de las necesidades electorales y de la realidad económica y social. Zapatero, en franco contraste con González, ha recurrido al engaño sistemático, tanto en 2004 como en 2008. Primero proyectó una imagen impregnada de buen talante y de socialismo cívico inspirado en el republicanismo de Philip Petitt, que contrapuso al supuesto autoritarismo de Aznar, al que la propaganda socialista pintó con los colores más desagradables como soberbio, inaccesible, belicista y neoliberal carente de sentimientos. Su ejecutoria de gobierno pronto puso en evidencia que el ZP amable, dialogante y razonable en la oposición escondía un iluminado intransigente dispuesto a laminar al que se le pusiera por delante. Es ilustrativo recordar en este punto sus palabras de clausura del XXXV Congreso del PSOE: “No practicaremos ni la crispación, ni la infamia, ni la injuria. No buscaremos la destrucción de nuestros adversarios, porque ellos también son parte necesaria de esta sociedad” Los acontecimientos de los días 11, 12 y 13 de marzo de 2004, el abuso del término “derecha extrema”, las analogías con el franquismo, el Pacto del Tinell y la invocación a los cordones sanitarios demostraron enseguida que la sinceridad no es una de las virtudes más destacadas del inefable ZP. En este mismo ámbito de la fiabilidad que merece el actual Presidente del Gobierno, es útil reproducir sus declaraciones a Julia Navarro tres años antes de ganar las elecciones de 2004: “Yo no quiero construir sobre los escombros del Gobierno anterior, quiero hacer crecer el edificio, quiero que buena parte de lo que ahora se haga sean buenos cimientos para un proyecto de futuro. Si cada Gobierno destruye todo lo anterior, absolutamente todo, será muy difícil que prosperemos” A estas seráficas intenciones siguieron la revocación del Plan Hidrológico Nacional y de la Ley de Calidad de la Educación, así como la retirada abrupta de nuestras tropas de Irak y el nuevo Estatuto de Cataluña. La conclusión a que nos llevan estos episodios es que ZP es coherente en una cosa: siempre hace lo contrario de lo que anuncia, salvo cuando acomete iniciativas por sorpresa sin haberlas anunciado previamente. En otras palabras, solamente no engaña cuando no avisa.

- Es crucial darse cuenta de que la llegada de Zapatero marca una fuerte inflexión conceptual. Inmediatamente después de su victoria electoral de 2004, el Presidente del Gobierno declaraba: “Hay que gobernar con principios, hay que llevar adelante un proyecto político con valores profundos. No creo en el pragmatismo, el pragmatismo es siempre un recurso para esconderse ante las dificultades”. “No creo en el pragmatismo”, este es un elemento central para calibrar el personaje que se sienta a la cabeza del Consejo de Ministros hoy en España. Comparemos con la respuesta dada por Felipe González en una rueda de prensa en 1987 a una pregunta en la que se le solicitó su definición de la ideología socialista: “Si se es o no socialista, eso hay que referirlo a problemas concretos... no vale la pena detenerse en si una política es conservadora, liberal o socialista. A mí me preocupan las pérdidas de las empresas públicas porque son de todos” Y a continuación, en ese mismo encuentro con

periodistas, se descolgó con su célebre cita de Mao: “Qué importa que el gato sea blanco o sea negro, con tal de que cace ratones”. Hemos de tomar nota de esta diferencia esencial porque tiene consecuencias y graves, según hemos comprobado a lo largo de los últimos seis años. Felipe se comportó invariablemente con un cinismo descarado, pero estuvo siempre dispuesto a plegarse a la realidad, Zapatero, cuando la realidad se opone a sus designios, simplemente la ignora o la atropella. El núcleo de la lamentable situación en la que nos debatimos no reside en que ZP no crea en el pragmatismo, el meollo de la crisis española es que Zapatero no cree en la realidad. A partir de aquí, cualquier catástrofe es posible.

Otro aspecto interesante para entender la estructura ideológica del proyecto de Zapatero lo proporciona la historia reciente de las tomas de posición del PSOE en los debates teóricos de la izquierda europea de finales del siglo XX. Entre el post-socialismo a la francesa, tal como lo concibió Alain Touraine, estrechamente emparentado con la rama radical de los socialistas alemanes, cuyo ideólogo fue Klaus Offe, completamente fracasada electoralmente con Oskar Lafontaine de candidato, y la Tercera Vía, inspirada en el pensamiento de Anthony Giddens y de Ulrich Beck, triunfante en las urnas por tres veces consecutivas en el Reino Unido con Tony Blair como cabeza de cartel, El PSOE felipista no se inclinó de entrada por ninguna de las dos corrientes. La primera le parecía excesivamente idealista y alejada del posibilismo necesario para ganarse a la mayoría de votantes y la segunda la juzgaba demasiado próxima a las tesis del liberalismo en lo económico y lo social e inquietantemente conservadora en temas como la familia o la seguridad ciudadana. El catecismo de Felipe se concretó en el *Manifiesto para una nueva izquierda europea* del alemán Peter Glotz, editado en español a bombo y platillo por la Fundación Pablo Iglesias en 1987 y prologado por el propio González, a la sazón en la cúspide de su gloria. En este texto, Felipe rechazaba sin ambages la alianza del Partido Socialista con los llamados nuevos movimientos sociales, feminismo, ecologismo, pacifismo... tan cara al post-socialismo y la tildaba de “extraña”. Las notas distintivas de este marco conceptual fueron el individualismo solidario, el aprovechamiento masivo de las nuevas tecnologías ICT y lo que Felipe llamó “la expresión de viejas verdades con el lenguaje de debates nuevos”. Evitando la arcaica orientación marxista, el PSOE del período felipista prefirió a la postre ser visto como el auténtico heredero de la Ilustración, siguiendo en esto a Habermas, y como el impulsor en España no de la revolución proletaria, sino de la modernizadora revolución burguesa aún pendiente, desde su óptica, en nuestro país. La síntesis de este enfoque queda perfectamente encuadrada en el siguiente párrafo del ensayo de Manuel Castells *El nuevo modelo mundial de desarrollo del capitalismo y el proyecto socialista*, publicado asimismo en 1987: “La productividad histórica de los movimientos sociales reside en su capacidad de pensar lo impensable, mientras que la capacidad de cambio de un proyecto político se mide por su eficacia en realizar lo posible y elevar el techo histórico de lo deseable... la madurez de un proyecto

socialista se funda en su capacidad para mantener la tensión entre la política y la utopía, sin pretender la fusión de las dos en una misma práctica, ya que en el fondo dicha fusión, como la Historia demuestra, es cuna del mesianismo político y por tanto del totalitarismo” Es una lástima que en la mesilla de noche de Zapatero no descansen más a menudo Manuel Castells y menos Suso de Toro.

Aunque empeñado en programas de gobierno de predominio neto del sector público y de creciente control de la sociedad, el paradigma ideológico del felipismo fue el de una socialdemocracia posibilista, moderna y democrática, nítidamente distanciada tanto de las periclitadas utopías marxistas como de los excesos desordenados de la contracultura sesentayochoista. Los tiempos del “mesianismo” y de la imposición de lo “impensable” estaban todavía por llegar. Hoy sabemos que ya han llegado.

- La derrota de 1996 a manos de un Aznar que venía armado de un poderoso utillaje intelectual fabricado con todas las piezas del resurgir liberal reaganiano-thatcherita y dispuesto a hacer que España funcionase, pero esta vez de verdad, sumió al PSOE en una depresión profunda, que le arrastró a un patético e improvisado intento de regreso a sus orígenes marxistas y al programa común de la izquierda con el que afrontó los comicios de 2000, encajando un varapalo de antología. Estos son los antecedentes de la era Zapatero y sobre ellos y la experiencia dimanada de los mismos el ínclito ZP se dispuso a recuperar el terreno electoral perdido, devolver la moral a un partido hundido que había perdido la confianza en sí mismo y volver a ganar las elecciones.
- El PSOE se enfrentó a partir de 2000 con dos problemas, encontrar un líder que reuniera los requisitos de carisma y capacidad de comunicación necesarios para volver a alcanzar el éxito y en paralelo dotarse de un bagaje doctrinal coherente y atractivo. El primer desafío lo resolvió con una operación magistral de mercadotecnia fabricando a partir de un diputado desconocido y de pasado vacío una marca ganadora. El segundo lo acometió de forma más elaborada y por etapas. Inicialmente, la Nueva Vía que ganó el XXXV Congreso no dio demasiadas pistas aparte de un combinado difuso de buenismo, optimismo, republicanismo cívico y cambio tranquilo. Esta receta de sabor agradable y de contenido ligero tenía como propósito enmascarar con un envoltorio de apariencia atractiva una agenda ideológica oculta de considerable ambición y enorme virulencia. Algunos signos pronto anunciaron las oscuras amenazas que se cernían en el horizonte. Zapatero negó de salida, separándose en esto netamente del Nuevo Laborismo británico, que la familia estuviera en crisis. En su entrevista-libro con Julia Navarro afirmó: “No creo que la familia esté en crisis, a no ser que hablemos de la familia tradicional y hablemos de crisis por el hecho de que las personas conviven en formas diferentes. A estas formas diferentes de convivencia, los socialistas y las socialistas también las llamamos familia, por tanto no tiene sentido

hablar de crisis de la familia". La distinción "los, las" y el decir "llamamos" y no "consideramos" o "las aceptamos como" eran ya premonitorios. Otro punto destacable fue el rechazo enérgico de la contraposición público-privado, distinguiéndose otra vez de Tony Blair. Bebiendo en las fuentes del republicanismo cívico de Philip Pettit y de la "democracia fuerte" de Benjamin Barber, Zapatero reivindicó el papel del espacio público para garantizar la libertad individual. Lo que estaba desvelando era su firme intención de colonizar la esfera privada de los ciudadanos mediante una interferencia agobiante del Gobierno en todos los ámbitos de la vida de la gente. Para este siniestro propósito se dio cuenta de inmediato que necesitaba de la colaboración de los movimientos sociales radicales y se aplicó con determinación a integrar a las organizaciones feministas, ecologistas, pacifistas y antiglobalización en una renovada causa común de la izquierda. En una muestra de astucia indudable, pasó a controlarlas integrando a representantes destacados de las mismas en el PSOE y situándolos en cargos de responsabilidad interna y en las listas electorales. Con el fin de completar su amplio frente anti-PP cerró asimismo una estrecha alianza con los sindicatos mayoritarios, con Izquierda Unida y con los nacionalistas, sin excluir a los partidos independentistas. La fortaleza de su estómago para digerir bocados incombibles rozó el límite en su intento por ahora fallido de negociar con ETA, demostrando hasta qué punto su proyecto es disolvente y destructivo. Su modelo, por consiguiente, más que ser una plasmación del pensamiento de la izquierda norteamericana que orbita en torno al Partido Demócrata, se aproxima, tal como ha señalado con perspicacia Jesús Trillo, al dibujado por los politólogos franceses Robert Laclau y Chantal Mouffe en su libro *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Queda así perfilado en cuatro componentes de manera precisa el modelo ideológico y estratégico del actual equipo dirigente del PSOE, que no es extraño que despierte las suspicacias e incluso el rechazo de algunas figuras cualificadas de la generación anterior: 1) la unidad de la izquierda, comprendiendo los movimientos sociales de la contracultura 2) la toma de la calle con métodos de revuelta urbana con el evidente propósito de amedrentar al adversario político 3) la construcción de una "ideología orgánica" con voluntad de hegemonía social y cultural recuperando los clichés del antiamericanismo, el anticlericalismo, el anticapitalismo, el antisionismo y el guerracivilismo, a los que se añaden todo el acervo del feminismo radical y del nihilismo filosófico propio de las modernas corrientes estructuralistas y deconstructivistas y 4) la negación al adversario de centro-derecha, tratado ásperamente como enemigo, de legitimidad democrática y su permanente acoso hasta procurar expulsarle del campo de juego democrático. En síntesis, un proyecto caracterizado por su radicalidad, su totalitarismo, su voluntad rupturista y su adanismo arrasador.

- Con el fin de situar a Zapatero en el panorama de la izquierda contemporánea, quiero insistir en su condición de radical como distinta a la de reformista. Para entendernos,

un político reformista cree que las iniciativas legislativas adecuadas, sin forzar el sistema institucional y jurídico del Estado de Derecho, son suficientes para avanzar hacia mayores cotas de justicia social y de libertad. El radical, en cambio, opina que los mecanismos legales resultan insuficientes y que es necesario buscar otras vías más expeditivas, bien de tipo revolucionario violento o mediante transformaciones totales del ordenamiento constitucional vigente que alteren los fundamentos mismos de la convivencia. Si la izquierda reformista actual en el mundo occidental se mueve, por así decirlo, dentro del marco filosófico del pensamiento de Jürgen Habermas, el padre del patriotismo constitucional, la izquierda radical sería heredera de Michel Foucault, el teorizador de lo patológico como clave del desarrollo histórico. Pues bien, ZP es más foucaultiano que habermasiano. Bastarían sus leyes de matrimonio homosexual y de igualdad, o su entusiasta apoyo al nuevo Estatuto de Cataluña para probarlo. Otra nota distintiva de los radicales es su tendencia irrefrenable a hacer tabula rasa de la situación anterior, a poner el marcador a cero como si el devenir humano empezase con su llegada al poder. Aquí encontramos otra diferencia explícita entre Felipe González y Zapatero. EL adanismo de éste último es ya legendario mientras que González declaraba recientemente: “Se llega al poder como si amaneciera por primera vez, como si todo estuviera por inventar, y eso es una quimera”. No es extraño que Felipe y ZP mantengan poco contacto y escasa sintonía. Aunque seguramente a estas alturas de su vida, hay pocas cosas que puedan sorprender a Felipe González, es bastante probable que la inclasificable ejecutoria de su sucesor le tenga más que pasmado. Y es que el campo de actuación del radicalismo zapatético no es la realidad en sí, que para ZP es irrelevante cuando no una molestia, sino la imagen de la realidad reflejada en la conciencia subjetiva. Tampoco le interesa demasiado la verdad porque para él la verdad la crea el hombre con su voluntad arbitraria o surge de un proceso deliberativo sin premisas previas dictadas por la naturaleza humana, por la materialidad del cosmos o por la Revelación trascendente. A Zapatero no le preocupa mejorar las cosas concretas, sino transformar a la misma naturaleza que, en su concepción, ha de estar sometida al capricho político o al dogma ideológico. De ahí que el legislador pueda decidir el momento del desarrollo fetal en que aparece la condición humana y eliminar de un plumazo las categorías de marido y mujer en el matrimonio. Se trata, en definitiva, de actuar ante cualquier cuestión que requiera una decisión o una norma de manera extrema y novedosa, de subvertir todas las tradiciones, de revirar la cultura en su totalidad, de poner al conjunto de la sociedad patas arriba. Si se acierta o se yerra, si las consecuencias de lo emprendido son beneficiosas o deletéreas, carece de relevancia. Lo importante es romper las ataduras del pasado, epatar al respetable y descolocar al adversario electoral que, dicho sea sinceramente, no parece demasiado difícil de descolocar hasta el punto que con frecuencia se descoloca solo. Zapatero navega festivo y desatado por las aguas encrespadas y malolientes del nihilismo de Nietzsche, del subjetivismo de Heidegger, de la apología de lo monstruoso de Foucault y del deconstructivismo de Derrida. La

destilación de un proyecto político a partir de semejante barullo únicamente puede dar como resultado lo que llevamos viendo a lo largo de los últimos seis años, o sea, la subvención pública de la cartografía de las intimidaciones femeninas, de las exposiciones de arte sacrílego, de los talleres de iniciación a la autosatisfacción para adolescentes - que es algo parecido a enseñarle a un leopardo a cazar gacelas- y la proscripción de Blancanieves. El próximo paso será, se supone, siguiendo las edificantes recomendaciones de Guy Debord, otro gurú de la izquierda radical, “la práctica de nuevas experiencias, de sentir placer espontáneo, por ejemplo, la perversidad múltiple o las drogas experimentales” Esta es la contracultura que se ha apoderado del Partido Socialista, una organización más que centenaria cuyos fundadores jamás hubieran podido imaginar que un día sus herederos se plantearían como objetivo político la liquidación de la unidad de España, de la familia y de la Bella Durmiente. Aunque sus sufridos militantes no son todavía conscientes de ello, el PSOE de Pablo Iglesias y Jaime Vera ha degenerado en una máquina letal de laminación de todos los principios, valores y convenciones que prestan estabilidad y viabilidad a una sociedad democrática y desarrollada. La pena es que a lo peor el día que despierten de su letargo y quieran reaccionar será demasiado tarde.

- El drama de la nueva izquierda radical, de la que el Presidente del Gobierno es un muy cualificado representante, es que oscila entre la incertidumbre, el vacío y la nostalgia. El colapso del gran relato totalizador marxista que tenía explicaciones para todo y que abarcaba con su formidable aparato analítico y axiológico la economía, la antropología, la psicología y la historia, dejó a la izquierda política desprovista de soporte intelectual y filosófico. La angustia que esta pérdida le produjo queda expresada fielmente por otro de los pensadores de cabecera de Zapatero, el polaco Zygmunt Bauman, cuando reconoció que: “Hemos crecido creyendo que a menos que una autoridad intimidante e indiscutible -sagrada, secular, política o filosófica- penda sobre cada individuo humano, entonces con toda probabilidad sobrevendrán la carnicería y la anarquía universales”. Obviamente, la izquierda, que ha abandonado a Dios y que ha asistido a la caída de Marx de su pedestal, ha sentido como nadie la desazón de esta orfandad. Y quizá por eso Bauman añadió: “No hay duda que una forma de vida apenas puede funcionar sin el sostén de parámetros universalmente vinculantes y apodícticamente válidos”. Ni el pansexualismo freudiano ni la náusea comprometida sartriana ni el deshuesado marxismo de diseño de la Escuela de Frankfurt estaban en disposición de llenar el enorme hueco dejado por la volatilización de la Unión Soviética, y las vagas apelaciones al progreso o a la globalización ofrecían un mínimo efecto paliativo. Para Bauman, nuestra época se caracteriza por lo que él denomina *Unsicherheit*, que se puede traducir como inseguridad, incertidumbre, precariedad. Y la puntilla: “Hoy únicamente podemos albergar dos certezas: que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre sean aliviados y que sólo nos aguarda más incertidumbre” La nostalgia de una ideología omnicomprendiva y totalizadora ha

producido en la nueva izquierda radical una serie de pautas perfectamente identificables en Zapatero. La búsqueda frenética de ese marco teórico perdido, el regreso a la ingeniería social, disfrazada de lo que denominan “la recuperación de la política”, “la reivindicación de lo público”, o menos púdicamente “la ingeniería cívica”, y la voracidad desenfrenada por el poder. Cuando se critica a Zapatero señalando que su principal obsesión es conservar el poder, es justo aplicar un cierto margen de benevolencia porque para un personaje que se autodefine como “rojo”, ¿Qué le queda al pobre en este inicio del siglo XXI si se le quita el poder? O sea, que un poco de caridad con ZP, abrumado por la *Unsicherheit*. Ahora bien, como el Señor aprieta, pero no ahoga, dado que ZP también es “utópico y feminista”, se le abre una salida a su angustia existencial consistente en pretender imposibles y promover el laicismo beligerante y la ideología de género. Y en eso está desde que se instaló en La Moncloa.

- Una conclusión que se puede establecer ya de manera incontestable es que la ideología orgánica del PSOE zapateril es el feminismo radical. Ideología en el sentido de un marco teórico que explica la dinámica histórica, económica y social de forma completa y al lado del cual otros mecanismos interpretativos o explicativos de la realidad son apendiculares, orbitales o consecuenciales. Efectivamente, el feminismo en su versión más agresiva y totalitaria, culminado en la ideología de género, se ha apoderado del PSOE y de Zapatero y orienta sus principales propuestas legislativas y su estrategia política. El día que ZP descubrió que no se nace hombre y mujer, sino que el sexo es una creación cultural, que la mujer es el proletario del hombre y que el motor de la Historia es la lucha de sexos, se cayó del caballo como Pablo de Tarso camino de Damasco y a juzgar por las cosas que dice y hace el batacazo le ha dejado fuertes secuelas de las que no se ha repuesto. Las feministas radicales que, por supuesto, no tienen nada que ver con los legítimos y admirables movimientos modernos de liberación de la mujer y de reivindicación de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres, nacen al calor del freudomarxismo, del existencialismo y del deconstruccionismo. Partiendo de la condena de Engels de la familia tradicional y de su análisis de la opresión de la mujer por el hombre, Simone de Beauvoir y una pléyade de intelectuales norteamericanas de los años sesenta y setenta se lanzaron a la edificante misión de liquidar el matrimonio, de separar el sexo de la maternidad y de rechazar por degradante la dedicación de la mujer al cuidado de sus hijos y a la buena marcha del hogar, con la traca final de la promoción del lesbianismo militante. La creación de un nuevo lenguaje rocambolés que ha acuñado palabras tan extrañas como parentalidad, bifobia y androcentrismo y sonsonetes insoportables como "todos y todas" o "los vascos y las vascas", nos recuerda constantemente la pesadilla en la que estamos inmersos y que se ha materializado en el plano legislativo en normas tan discutibles como la ley del matrimonio homosexual, la de violencia de género, la del aborto y la de igualdad. Una de las vertientes más inquietantes de la doctrina de género viene expresada por su lema "Lo privado es político", que anuncia futuros

dislates en los que el Gobierno invadirá la alcoba conyugal y la sagrada intimidad de los hogares para imponer sus delirios de liberación erótica y su ética de la transgresión. Christina Hoff, una conspicua filósofa norteamericana adscrita al feminismo más afilado, escribió hace quince años. "No debería autorizarse a ninguna mujer a quedarse en casa a cuidar a sus hijos" Dado que el lobby feminista del PSOE, los ratos en que sus integrantes no están ocupadas deconstruyéndose a toda máquina en la peluquería, se alimenta de estos manjares intelectuales, aquí puede pasar de todo. Al fin y al cabo, ya nos avisó María Teresa Fernández de la Vega de lo que se avecinaba en sus palabras en el décimo aniversario de la Conferencia de Pekín: "Es necesario establecer una gran alianza entre feminismo y socialismo que abarque todas las áreas del pensamiento y de la acción política". Más claro el agua.

- Pero como ya va siendo hora de terminar esta charla antes de que sea demasiado larga, porque larga ya lo ha sido, no quiero hacerlo sin condensar en un mensaje final los sucintos apuntes que acabo de pergeñar un poco a salto de mata sobre la agenda ideológica de la izquierda post-comunista en su versión hispánica y cejifleja. Mi reflexión y mi advertencia es la siguiente: mientras algunos con la mejor intención y magníficamente asesorados por sociólogos cautos que ya están de vuelta de todo concentran su oferta política y electoral en las soluciones a la pavorosa crisis económica que padecemos, evitando pudorosamente la explicación de que existe una visión conceptual y moral alta y luminosa, alternativa al charco viscoso al que estamos siendo arrastrados, legiones disciplinadas de miembros de esa casta que ha sido llamada de los nuevos clérigos, periodistas, cineastas, profesores, novelistas, guionistas de series televisivas, actores y cantautores, absolutamente entregados a la difusión del evangelio pacifista-laicista-multiculturalista-ecologista-feminista, laboran infatigables para transformar nuestra sociedad en un maravilloso mundo feliz en el que, desembarazados para siempre de verdades trascendentes, liberados de la servidumbre de la naturaleza y de la realidad objetiva y perdido Marx por el camino para ser sustituido por la Gran Matriarca primordial, cada uno de nosotros -y por supuesto de nosotras- podremos jugar a placer con la vida y con la muerte, cambiar de sexo, ser esposa o esposo con independencia de nuestra morfología y de nuestra fisiología y pastar por una pradera interminable de derechos sin un solo deber que enturbie nuestro gozo. Seremos dueños de nuestro mísero destino, sin nada noble, excelso o superior que nos obligue al sacrificio, a la abnegación, al esfuerzo o al heroísmo. Y en el vértigo de nuestra imparables caída, seremos por fin como dioses.

